

El fotógrafo
que hacía belenes

Eloy M. Cebrián

VII Premio de Novela «Francisco Umbral»
del Ayuntamiento de Majadahonda

uno

Mientras su frente y su calva se cubrían de gotitas de sudor, el fotógrafo hizo un nuevo esfuerzo por prestar atención al cliente, pero no tuvo éxito. Bastó con que el hombre reanudara su perorata acerca de aperturas de diafragma y tiempos de exposición para que el fotógrafo, perdido todo interés, emprendiera la persecución visual de una mosca que exploraba su establecimiento, apenas consciente de la incongruencia que representaba la irrupción del insecto en pleno mes de diciembre. La mosca sobrevoló los restos de un bocadillo de sardinas que languidecían sobre el mostrador desde la hora del almuerzo, pero no debieron de parecerle demasiado apetitosos, puesto que enseguida se elevó en busca de nuevos objetivos. Una pila de carretes caducados despertó en ella un interés momentáneo. Sin embargo, poco después remontaba el vuelo para ejecutar una serie de tirabuzones y piruetas por todo el local. El fotógrafo salió entonces de su ensimismamiento y pensó que lo mejor sería prestar atención de nuevo al cliente, quien guardaba silencio y lo miraba con expresión ceñuda.

—¿Decía usted?

Inasequible al desaliento, el hombre lanzó un suspiro y empezó de nuevo:

—Pues veré, le preguntaba qué apertura me recomienda para tomar fotos en interiores con flash si...

Igual que había ocurrido poco antes, los rasgos del cliente comenzaron a desdibujarse hasta formar un *collage* de contornos indefinidos; su voz pareció perderse en la distancia, como el ronroneo de un lejano aparato de radio. El fotógrafo mantuvo su mirada fija en la máscara móvil que emitía sonidos desde el otro lado del mostrador y descu-

brió que su parloteo producía en él un efecto sedante. Justo entonces la mosca cruzó con audacia el local y fue a posarse en un punto concreto. El fotógrafo sintió que el pánico se apoderaba de él. El sudor comenzó a gotearle por la frente y las puntas del bigote, y los cercos húmedos bajo sus axilas se agrandaron visiblemente. Angustiado, buscó una excusa que le permitiera deshacerse del cliente, pero no fue necesario. En esos momentos la puerta del establecimiento se cerró con un sonoro *bang* y comprendió que estaba solo. Fue como si la agilidad de su juventud hubiese retornado de pronto: su mano derecha asió una revista y su voluminoso cuerpo voló por encima del mostrador con la misma facilidad con que un joven banderillero salta la barrera para evitar la embestida del toro. La mosca quedó de inmediato reducida a una montoncito de pulpa rojinegra y el fotógrafo, tras erguirse en toda su estatura, miró con arrogancia en torno a él, como agradeciendo los aplausos de una invisible audiencia.

La visión general que obtuvo entonces de su maltrecho negocio lo devolvió a la realidad y barrió al instante la satisfacción de su fugaz victoria sobre el insecto. Un débil rayo de sol invernal, que a duras penas lograba atravesar la suciedad acumulada sobre la luna del escaparate, iba a morir sobre las muestras de reportajes fotográficos que pretendían servir de señuelo para clientes: novias y novios vistiendo atuendos pasados de moda, romances decadentes o ya extintos; la imagen de un entusiasta del culturismo cuyo corazón se había rebelado contra una sobredosis de esteroides; niños de primera comunión, muchos de los cuales habrían olvidado ya su renovación de las promesas bautismales, cuando no apostatado abiertamente; la sonrisa congelada de una antigua aspirante a miss que jamás logró pasar de las semifinales; reflejos del pasado en eastmancolor que los años habían virado a sepia. En el interior, el polvo se depositaba inexorable sobre los estantes y las vitrinas abarrotados de piezas de quipo fotográfico, que se amontonaban tan carentes de dignidad como las baratijas de un mercado callejero: objetivos y flashes, cámaras y fotóme-

tros compartían un destino común con cajas vacías, restos de comida y bolas de papel de periódico manchadas de aceite. Como única concesión al bienestar, una estufa de queroseno siseaba en un rincón, impregnando el aire con sus tóxicas emanaciones y haciendo de aquel local un refugio confortable para moscas y cucarachas.

El fotógrafo contempló la suciedad y el desorden que lo rodeaban y se sintió algo avergonzado. Era como si los despojos del negocio que había heredado de su padre lo increparan desde sus mugrientos nichos. Una vez más renovó sus votos de limpieza y reforma, pero ambas tendrían que esperar, pues ahora mismo había asuntos más urgentes que atender. Procedió, en consecuencia, a levantar los restos mortales de la mosca, usando un pañuelo de papel para borrar cualquier huella del crimen. Después se alejó unos pasos a fin de observar el resultado de su trabajo. Y vio que todo estaba bien, y sonrió satisfecho de su obra.

Toda la parte central de su estudio estaba ocupada por una descomunal tarima. Y sobre ella, recortándose contra un cielo nocturno cuajado de ficticias constelaciones, los valles y montañas de un reino en miniatura brillaban con el esplendor de la primera noche de la creación. Los muros del castillo de Herodes se elevaban sobre un inaccesible promontorio cuyas laderas se veían custodiadas por toda una cohorte de legionarios romanos. Desde allí, el camino descendía trazando incongruentes curvas y recovecos a través de la espesura hasta morir en el valle, donde los habitantes del pueblecito de Belén se afanaban en sus quehaceres, como si quisieran saludar el alba de una nueva era con una trasgresión consciente del precepto sabático: la abuela hilaba en el interior de una casita amueblada al estilo castellano, el panadero retiraba sus hogazas de un horno de cuyas fauces surgía una titilante luz rojiza, los pastores recibían con los labios redondeados por el asombro a un alado visitante sobrenatural de sexo indefinido. En la plaza mayor del pueblo, delimitada por vistosas fachadas con escudos y balcones, un sacerdote practicaba el rito de la circuncisión ante una sinagoga que tenía toda la aparien-

cia de una iglesia del siglo XVI; abajo, en el río, las lavanderas competían por la blancura de sus respectivas coladas; mientras tanto, un sujeto las contemplaba tras unos arbustos y aprovechaba la tesitura para aliviar los intestinos, indiferente por completo a la solemnidad y transcendencia histórica del momento y del lugar. Claro está que el protagonismo de todo aquel impresionante cuadro lo ostentaba una criatura regordeta de sonrosados carrillos que elevaba sus dedos índice y corazón en ademán de bendecir, signo inequívoco de una precoz percepción de su destino en el mundo. A la diestra de su pesebre, su madre juntaba las manos en oración, quizá agradeciéndole al Todopoderoso el feliz alumbramiento de aquel recién nacido de tamaño desmesurado. Entretanto, el bueno de San José permanecía apartado y reflexionaba gravemente sobre su recién adquirida condición de padre putativo. No faltaban tampoco los tres sabios de Oriente, cuyos camellos, por falta de espacio, se habían visto obligados a permanecer en sus embalajes rellenos de paja. Precisamente entre Gaspar y Baltasar, tal vez atraída por el penetrante olor de los aromas que portaban como ofrenda, era donde la mosca había decidido aterrizar, perpetrando así la profanación de suelo sagrado que había provocado las iras del fotógrafo.

—¡Mierda!

El fotógrafo reprimió un segundo exabrupto y corrió en busca del cubo y la fregona. Su examen acababa de revelar que un persistente reguero de agua brotaba bajo los cortinajes que ocultaban las patas de la tarima. Al parecer, el proceso de impermeabilización del cauce del río no había resultado tan meticuloso como él pensaba. Su anhelo de perfección acababa de verse frustrado por aquella pequeña catástrofe. Tras detener el mecanismo que bombeaba el agua y recoger el líquido derramado, el fotógrafo calculó que las reparaciones necesarias le ocuparían al menos el resto de la tarde, pero no se sintió irritado por ello. Si algo le sobraba era precisamente tiempo. Todo volvería a estar perfecto antes de la Nochebuena, es decir, al día si-

guiente. En ello estaba cuando la campanilla de la puerta lo sobresaltó.

—Buenos días.

—Hola, buenas —gruñó el fotógrafo abandonando a regañadientes su tarea y situándose detrás del mostrador—. ¿Qué quería?

—Un carrete.

—¿De veinticuatro o de treintaiséis?

El intruso se rascó la cabeza durante unos instantes y contempló al fotógrafo con expresión atónita.

—¿De qué?

—Exposiciones, de veinticuatro o de treintaiséis exposiciones —dijo el fotógrafo impaciente por concluir aquella conversación. Pero el gesto de extrañeza del hombre le obligó a aclarar:— ¡Fotos, joder, fotos!

—Ah, sí. Me es igual. Es para mi hija, ¿sabe usted?

El fotógrafo farfulló algo entre dientes y se giró para coger un rollo de película sin molestarse en comprobar la fecha de caducidad. Mientras tanto, el cliente se dedicó a curiosear. Entonces cuando una sonora exclamación:

—¡Hostiaaaaa, que preciosidad de belén!

—¿Qué? ¿Le gusta? —preguntó el fotógrafo súbitamente reconciliado con él.

—¡Figúrese! —dijo el hombre—. Como que en la vida había visto nada igual.

—Lo monto todas las Navidades. Es una tradición.

—¿Y cuánto tiempo le lleva esto?

—Eso es lo de menos. Lo importante es el resultado.

¿A que parece de verdad?

—¡Vaya! Sobre todo las plantas.

—Es que son de verdad. Las recojo yo mismo en el campo y las planto en macetas. Lleva su trabajo. Tengo que regarlas todos los días, pero fíjese en el efecto que producen. Es como un trozo arrancado de la misma naturaleza.

El hombre pasó por alto el poético comentario del fotógrafo y procedió a dar vueltas y más vueltas en torno a la gran tarima.

—¿Dónde ha comprado las figuras?

—Son herencia familiar, muy antiguas. Me han llegado a ofrecer una fortuna por ellas.

—Pues ha hecho bien en no venderlas, vaya que sí. ¿Y las casas?

—Las casas las he hecho yo mismo —respondió el fotógrafo radiante—. El castillo de Herodes, por ejemplo, me llevó dos meses enteros. El mecanismo que impulsa el agua también es invención mía. Funciona con una bomba de lavadora.

—Pues se podría usted ganar la vida montando belenes. Yo he visto muchos, ¿sabe usted? Pero en mi vida había visto uno como éste. Mi enhorabuena. Bueno, me voy. Adiós y felices pascuas.

—Gracias, hombre, gracias. Igualmente —dijo el fotógrafo sonriendo de oreja a oreja mientras el hombre salía—. Y ya sabe dónde tiene su casa.

Fue tal la satisfacción que le habían producido los elogios del cliente, que el fotógrafo apenas reparó en que se había ido sin pagarle el carrete. No en vano, aquel belén representaba para él mucho más que un simple reclamo para atraer clientes a su tienda, lo que poco o nada le importaba, dicho sea de paso. Para él, un hombre soltero, sin familiares cercanos, sin más preocupaciones que el cuidado de su persona y de su negocio (quehaceres ambos que desatendía por igual) aquel belén constituía un acto de amor.

Un buen rato después, el fotógrafo dio por terminado su trabajo y puso en marcha el pequeño motor, que comenzó a zumbar alegremente. Las aguas volvieron a fluir por su cauce en miniatura, con una precisión y constancia que habrían hecho enrojecer de envidia a cualquier río de verdad. El fotógrafo aguardó pacientemente hasta comprobar que no existían fugas ni filtraciones. El orden de la creación había quedado restaurado. Aquel belén volvía a erigirse en su vínculo privado con la perfección, en su baluarte contra el caos y el frío del mundo exterior.

Se disponía a cerrar cuando la campanilla de la puerta entonó su tercer repique de la tarde.

—Buenas, ¿están mis fotos?

La irrupción de la mujer le hizo sentirse vagamente esperanzado, y es que el fotógrafo no era en absoluto inmune a las lisonjas. Con el recuerdo del cliente anterior todavía fresco, se dispuso a escuchar las alabanzas de aquella señora. Pero no pudo hacerlo, ya que la buena mujer se limitó a acercarse al mostrador, arrastrando a un niño que gimoteaba su disgusto cogido de su mano. Ninguno de los dos se molestó en dirigirle una fugaz mirada al belén.

—¡Cállate! —La mujer poseía un timbre de voz desagradablemente agudo—. Enseguida nos vamos. A ver si este señor tiene ya las fotos de tu cumpleaños.

El fotógrafo se encogió de hombros y meditó brevemente acerca de la escasa sensibilidad artística del pueblo llano. Después, de muy mal talante, repasó unos sobres amarillos que guardaba en una caja. «Revelamos para aficionados con calidad profesional», rezaba un eslogan impreso en rojo chillón sobre los sobres. A pesar de que había leído esas palabras miles de veces, el fotógrafo estuvo a punto de echarse a reír. En más de una ocasión se había entretenido fisgando en los sobres y contemplando las absolutas monstruosidades que contenían. En cuanto al laboratorio que tan pomposamente anunciaba su calidad, lo único que sabía es que un sujeto aparecía todas las tardes a recoger los rollos de película, y que a la mañana siguiente los devolvía transformados en aquellas espantosas instantáneas cuya vulgaridad tanto le hacía disfrutar. En una ocasión, sin embargo, se había topado con un reportaje completo en el que una atractiva joven posaba completamente desnuda en compañía de un pastor alemán. Pero lo más asombroso del asunto era que las sucesivas imágenes los mostraban a ambos enzarzados en una serie de actos sexuales de magnitud creciente. En la última fotografía, el perro montaba a la muchacha por detrás con gran vigor, mientras ella exhibía ante la cámara una expresión tan arrebatada que se diría que la estuviera poseyendo el más experto de los amantes. El fotógrafo creyó morir de lascivia cuando, un rato después, la joven en persona se presentó a

recoger sus fotos. Traía a su perro, y así el fotógrafo se enteró de que el pastor alemán se llamaba Rocco, aunque nunca supo cómo se llamaba la dueña.

—Aquí las tiene, son mil cuatrocientas —dijo el fotógrafo, a quien el recuerdo del episodio había proporcionado un principio de erección.

—A ver, a ver —cloqueó la mujer arrancándole el sobre de las manos y abriéndolo con dedos ávidos. Sus exclamaciones hicieron que el fotógrafo se temiera lo peor, es decir, que la mujer quisiera compartir su entusiasmo con él —. Son las fotos del cumpleaños del niño. ¡Qué monas! Mire, mire usted. Lo celebramos en el *MacDonald*. Aquí está el nene apagando las velas. Cinco añitos ya. ¿Verdad que está hecho un hombre?

El fotógrafo asintió con una fingida sonrisa, a la vez que intentaba mostrar interés hacia las imágenes que la mujer le enseñaba con gran orgullo. En ellas, con diferentes grados de desencuadre y desenfoque, aparecía un grupo de al menos veinte niños devorando hamburguesas y patatas fritas. El ketchup que rezumaba de sus bocas y los destellos rojos que el flash había arrancado de sus pupilas les daban la apariencia de una hueste de vampiros en miniatura. Y para completar la escena, un clown que parecía surgido de la pesadilla de un psicópata saludaba a la cámara con expresión maligna. El pene del fotógrafo se deshinchó al instante, mientras su estómago sufría varios agudos pinchazos.

—Niño, no enredes y ven a ver las fotos de tus amiguitos.

Mientras la mujer seguía mostrándole aberraciones en brillantes colores, el fotógrafo reparó en que el niño deambulaba sin control por el local. En ese preciso momento, con una obcecación de la que sólo son capaces los infantes más nauseabundos, empujaba una silla hacia la tarima del belén.

—Señora —balbuceó el fotógrafo aterrado—, le importaría...

—No se preocupe. Si es muy bueno. Ya es un hombre. Mire, aquí está con el payaso.

La mirada estrábica del fotógrafo se acentuó mientras intentaba vigilar al niño con un ojo y prestar atención a la mujer con el otro. Entonces se oyó un cataclísmico crujido, lo que hizo que ambos volvieran la cabeza de repente. El niño estaba sentado en el suelo, junto a la silla volcada, y berreaba de un modo ensordecedor. En su caída se había aferrado a las faldas de la tarima, arrastrando así buena parte del belén, que ahora yacía desparramado en torno a él. «¡Pupa, pupa!» gritaba la mujer cuando acudía a tomar a su hijo en brazos. El fotógrafo la siguió para comprobar la magnitud de los destrozos. Mientras ella consolaba al niño, observó que muchas de las figuras estaban seriamente dañadas: una vieja que hilaba junto al camino había resultado decapitada. Su cuerpo reposaba sobre el suelo; su cabeza, ironías del destino, había rebotado y vuelto a caer sobre la tarima, justo en el centro de un grupo de pastores que cenaba en torno a una hoguera. Ahora, la inocente reunión se había convertido de súbito en un festín de antropófagos. Sin embargo, los peor parados eran precisamente los personajes estelares: había restos de los reyes magos mezclados con los de la mula y el buey en un inextricable montón de antinatural concupiscencia; pedazos dispersos de la Sagrada Familia asomaban semienterrados bajo una lluvia de tierra y restos vegetales. En un polvoriento rincón, la mano benediciente del Niño Dios perseveraba en su gesto, como en una parodia satánica de la Santa Misa.

Al fotógrafo le pareció todo aquello tan atroz que resolvió aguardar unos momentos sin hacer nada, con la esperanza de que la pesadilla hubiera alcanzado su clímax. «No hay problema —razonó—. Despertaré dentro de unos segundos.» Al ver que no ocurría así, cerró los ojos y se refugió en su imaginación, un lugar que conocía bien y donde podría actuar a tenor de lo que la magnitud de la tragedia le dictaba. Imaginó que, con estudiada parsimonia, asía una voluminosa cámara Minolta de doble objetivo y chasis de acero de un estante y se acercaba a la madre y al hijo.

Instantes después, le sorprendía la facilidad con que el cráneo del niño cedía bajo el impacto. Entonces miraba a la mujer, que boqueaba quedamente, con la intensidad de un salmón recién pescado. Tenía la cara y la parte superior del vestido manchadas de sangre y trocitos de una materia gris y gelatinosa. Las venas hinchadas en su cuello y su frente hacían pensar en un plato de espagueti, y aquella mirada demente le trajo a la memoria los vagos recuerdos infantiles que conservaba de su propia madre. Estaba realmente horrenda.

Cuando, consumada su ficticia venganza, el fotógrafo volvió a abrir los ojos, la madre y el niño se habían esfumado. Sobre el mostrador, los vampiros en miniatura seguían devorando sus hamburguesas. El fotógrafo cogió las fotos, que la mujer había dejado abandonadas, y las convirtió en confeti. Después apagó la luz y, tras sacar a la calle su bicicleta, echó la llave y bajó la persiana, sin pensar siquiera en lanzar una mirada a los restos del belén, de hecho, sin pensar en nada en absoluto. Su establecimiento estaba en una humilde callejuela, junto a un colmado de barrio (quizá el último que quedaba en la ciudad) y un pequeño videoclub. Aquellos comercios no daban para pagar el precio exorbitante que el ayuntamiento pedía por instalar iluminación navideña, de modo que la calle era en un territorio oscuro y frío. Antes de montar en la bicicleta, protegió las bocas de sus pantalones del roce de la cadena con dos anacrónicas horquillas, deseando que aquella repetición de gestos cotidianos sirviera para amortiguar su desdicha. Allá en la distancia, donde reinaban la luz y el bullicio propios de las fiestas, un reloj dio las ocho y media.

dos

El fotógrafo pedaleó cansinamente hacia su casa convencido de que la madre y el hijo, al perpetrar aquel espantoso crimen, acababan de obtener su pasaporte al infierno. Y no es que el fotógrafo fuera un hombre religioso. De hecho, la religión (católica) había tenido la culpa, tal y como él lo veía, de la destrucción de su familia, allá en los lejanos días de su infancia.

Su padre era también fotógrafo. Se había iniciado en el oficio como aprendiz de un retratista ambulante que consagró su vida a recorrer las fiestas de los pueblos inmortalizando a mozos y mozas de mejillas coloradas y ojos hambrientos, campesinos de terrosas facciones y estólidos ancianos de mirada líquida y comportamiento mineral. Corrían los tiempos en que las sombras móviles del cinematógrafo pertenecían al reino de los rumores y las fotografías aún se contemplaban con el asombro que hasta el momento se reservaba para los milagros. El fotógrafo recordaba haberle oído mencionar a su padre que por entonces era muy común retratarse con un niño muerto en los brazos, como último tributo a la memoria de la criatura. Su padre jamás le había mostrado ejemplo alguno de tan macabra práctica, pero él mismo tuvo ocasión de comprobar que no mentía cuando, muchos lustros después, se topó con una de aquellas fotografías entre las páginas de un suplemento dominical; «Imágenes de la España negra», se titulaba el reportaje. (Mientras evocaba este episodio, el fotógrafo concluyó que cierto niño habría quedado la mar de propio retratado allí.)

Harto de tragar polvo en los caminos, el padre del fotógrafo había decidido establecerse por su cuenta en la capital. Primero tuvo un puestecillo fijo en la Plaza del Mercado; después, conforme su negocio prosperó, pudo permitirse el alquiler una planta baja en pleno centro. Y allí fue donde salió a la superficie el artista que llevaba dentro. Sus retratos de orondos matrimonios posando sobre telones pintados comenzaron a hacerse célebres por su plasticidad y nitidez. Y muy pronto, todo aquel con aspiraciones a ser alguien tenía una cita obligada en el estudio del padre del fotógrafo, quien no tardó en trasladarse a un luminoso y elegante primer piso que presidía con orgullo los escasos setecientos metros de la calle principal. Lo más granado de la burguesía local desfiló por allí y, entre ellos, la que habría de convertirse en su esposa.

No fue precisamente amor a primera vista. Se trataba de una mujer de aspecto poco atractivo y temperamento hosco en quien, a pesar de sus treinta años largos, ningún pretendiente de buena familia había reparado. Por añadidura, las malas lenguas afirmaban que no estaba del todo en su sano juicio, y es cierto que presentaba una extraña inclinación a desplomarse inconsciente en lugares públicos, por lo general en la catedral durante la misa de doce, de donde tenía que ser retirada entre convulsiones y aullidos que ponían a todos los fieles los pelos de punta. Los había que afirmaban que aquellos desmayos eran en realidad éxtasis místicos, y como prueba señalaban que, al despertar, la joven relataba con todo lujo de detalles mensajes y revelaciones de los santos más célebres, de la Inmaculada Concepción y del mismísimo Dios en toda su gloriosa triplicidad. El fotógrafo jamás supo a ciencia cierta si su madre estaba loca o no, si en realidad era una santa o si todo se limitaba a un desorden nervioso fruto de su carácter retraído y de la perniciosa influencia de su confesor, un tal don Nepomuceno, siniestro personaje que había conquistado cierta fama merced a sus vibrantes visiones apocalípticas desde el púlpito. Lo cierto es que bastó con que aquella extraña mujer entrara en su estudio para que el padre del fotógrafo

se sintiera irremediabilmente atraído por ella. Es más, cuando tomó asiento para que le hiciera el retrato, con los muslos muy juntos, las manos entrelazadas sobre el regazo, el pecho estremecido por hondos suspiros y la mirada hierática y ausente, como en trance de inminente levitación, el padre del fotógrafo la encontró tan sensual que sintió impulsos de saltar sobre ella y hacerle el amor en aquel mismo instante, si bien se limitó a pretenderla al modo tradicional, y ello a sabiendas de que su padre había abandonado tiempo atrás la esperanza de casarla conforme a su posición, pues de otro modo, siendo él de origen humilde, y con todas sus ínfulas de artista, las aspiraciones del fotógrafo se habrían topado con la barrera infranqueable de la diferencia de clases. El compromiso fraguó a pesar de la falta de interés de la novia, tras incontables visitas de cumplido en las que el pretendiente se vio obligado a ingerir grandes cantidades de chocolate y bizcochos de soletilla que arruinaron su estómago para siempre. Pero el matrimonio se celebró por fin, casi en secreto, con pocos fastos y menos invitados. En cuanto a la fecha de su consumación, sólo cabe hacer conjeturas. Lo único cierto es que el fotógrafo no había nacido hasta quince años después de la boda de sus padres, cuando la Guerra Civil ya había adquirido rango de epopeya. Quizá ello se debiera a cierta tendencia natural de su madre al celibato, sobre lo que cabe mencionar las dos ocasiones en que, siendo muy joven, la mujer se había dejado tentar por los serenos placeres de la vida monástica, aunque sólo para ser devuelta junto a su familia a las pocas semanas. Las excusas acerca de la falta de vocación de la novicia no convencieron a los padres de ésta, para quienes era fácil imaginar el pavor de las monjitas al presenciar los aullidos y convulsiones de sus arrebatos místicos. No obstante, y a la vista de los acontecimientos posteriores, el fotógrafo suponía que no eran los supuestos melindres de su madre con respecto al sexo, ni siquiera su exacerbada beatería, lo que había desencadenado la desdicha de su familia. Sospechaba que había algo más turbio, un pozo oscuro al que siempre había temido asomarse y